

Dr. James S. Spiegel, Ética cristiana, Sesión 16, Guerra

© 2024 Jim Spiegel y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. James Spiegel en su enseñanza sobre ética cristiana. Esta es la sesión 16 sobre la guerra.

Bien, nuestro próximo tema es la guerra.

La pregunta es: ¿cuándo, si es que alguna vez, es moralmente apropiada la guerra? Entonces, ¿qué es la guerra? Empecemos por esa pregunta. La guerra, en sentido general, es un conflicto armado entre naciones, pero esa definición puede ser problemática, ya que excluye la guerra contra grupos revolucionarios o terroristas.

Es cierto que las guerras revolucionarias son guerras reales, aunque no sean guerras, propiamente dichas, entre naciones. Pero así es como se entiende generalmente la guerra. Karl von Clausewitz define la guerra como un duelo a gran escala.

La guerra, dice, es un acto de violencia cuyo objetivo es obligar a nuestro oponente a cumplir nuestra voluntad. He aquí tres perspectivas generales sobre la guerra, empezando por la teoría de la guerra justa, que dice que bajo ciertas condiciones, la guerra está moralmente justificada. Y está la teoría del mal necesario, que dice que a veces la guerra es necesaria para prevenir un mal mayor, pero que ella misma siempre es malvada.

Y luego está el pacifismo, que sostiene que la guerra nunca está moralmente justificada. Por eso, nos centraremos en la teoría de la guerra justa y el pacifismo, así como en los argumentos a favor y en contra. No hay muchos defensores de la teoría del mal necesario, principalmente porque, por buenas razones, la gente no quiere adoptar una postura en la que admita que defiende el mal.

La gran mayoría de los estudiosos de este tema dirían que la guerra es lo moralmente correcto en algunos casos, que a veces es justa, o negarían eso y afirmarían que la guerra nunca está moralmente justificada. Comenzaremos por esta última perspectiva, el pacifismo, y comenzaremos por distinguir diferentes tipos de pacifismo. No todos los pacifismos son iguales.

Existe el pacifismo antibélico, que condena el uso de la violencia a nivel nacional, pero preserva el derecho personal de autodefensa. Y existe el pacifismo privado, que renuncia a la violencia en el ámbito personal, pero no en el de las autoridades políticas. Existen dos formas de pacifismo privado.

Existe el pacifismo privado anti-asesinato, y luego está la visión más firme del pacifismo privado anti-violencia, que se opone personalmente a la violencia de cualquier tipo. Y luego está el pacifismo universal, que es el más extremo de todos, que se opone a toda violencia y asesinato en la esfera privada y por parte de las autoridades políticas. En términos de argumentos filosóficos a favor del pacifismo, está el argumento del ejemplo moral, que señala que sería un mundo mejor si todos fuéramos pacifistas.

Todo el mundo lo reconoce. Si nadie ejerciera el uso de la violencia en ningún caso, ¿no sería maravilloso el mundo? Entonces, si ese es el caso, si universalizar un punto de vista pacifista o una práctica de tipo pacifista haría que el mundo fuera ideal en este sentido, ¿no demuestra eso que esa es la posición correcta? Ese es el argumento del ejemplo moral. Es esencialmente kantiano.

Podemos universalizar el pacifismo, pero no podemos universalizar la violencia. Por ello, nunca debemos actuar con violencia. No es el tipo de conducta que se podría desear que se practicara universalmente.

A continuación, está el argumento gandhiano, que destaca el papel del sufrimiento, especialmente en aras de la justicia, como forma de purificar el alma. No se trata sólo de la propia alma, sino que también puede transformar las almas de los oponentes. Gandhi, en la tradición hindú, hizo hincapié en la ahimsa o no violencia, abstenerse de causar dolor o daño por motivos egoístas.

Dice que el arma espiritual de la autopurificación, por intangible que parezca, es el medio más potente para revolucionar el propio entorno y aflojar las ataduras externas, fin de la cita. Y, por supuesto, Gandhi se hizo famoso internacionalmente por defender la independencia de la India y abstenerse de cualquier tipo de recurso a la violencia. Es una especie de uso de esta disposición a sufrir para dejar una idea poderosa e influir, ya sabe, incluso en las acciones de regímenes políticos enteros.

Y luego está el argumento utilitarista, la idea de que las guerras producen más daño que bien. Al final, algunos pacifistas sostienen que siempre hay una pérdida neta, sea cual sea la guerra en la que uno se involucra, incluso si es una guerra de autodefensa, incluso si es una guerra para defender a una nación inocente. Cualquier bien que se suponga que se logra mediante actos de guerra, siempre será una pérdida neta.

Este es un argumento que puede resultar difícil de defender en ciertos contextos, como, por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial, cuando un tirano como Adolf Hitler mató a millones de personas inocentes. Es difícil convencer a muchos de nosotros de que lo correcto sería no responder con ningún tipo de agresión contra este genocidio. Pero he oído a pacifistas argumentar que incluso en este caso sería una pérdida neta entrar en la Segunda Guerra Mundial, como hicimos por diversas razones.

Es un argumento difícil de defender, pero es interesante ver a los pacifistas mantenerse firmes en su postura, por así decirlo. Tal vez esa sea la metáfora equivocada. Hay que mantener la postura sobre este argumento utilitarista cuando se trata de la Segunda Guerra Mundial.

En cuanto a los argumentos bíblicos a favor del pacifismo, algunos apelan a la santidad de la vida, a que los seres humanos están hechos a imagen de Dios y, por lo tanto, todas las personas tienen derecho a la vida sin excepción, incluso si matan a otras personas. Debemos respetar su vida y no matarlas. Ahora bien, eso descarta el asesinato, pero no descarta otras formas de violencia, como detener a la persona por medios violentos que solo dañan su vida en lugar de acabar con ella.

Otro argumento bíblico a favor del pacifismo apela a las prohibiciones bíblicas de la violencia. En particular, podemos notar el énfasis que Jesús pone en la no resistencia en Mateo 5, donde dice: “Habéis oído que se dijo: ojo por ojo, diente por diente; pero yo os digo: no resistáis al que os hace mal. Si alguien os da una bofetada en la mejilla derecha, ofrécele la otra”.

Y si alguien quiere ponerte pleito y quitarte la camisa, entrégale también la capa. Si alguien te obliga a llevar carga por una milla, ve con él dos millas. Así que, no resistas a una persona mala.

Los pacifistas notarán que esto parece indicar algo a favor de su punto de vista. También encontramos que Pablo aparentemente enseña algo similar en Romanos 12, versículos 19 al 21. Dice: no os venguéis, sino dejad lugar a la ira de Dios.

No os dejéis vencer por el mal, sino venced el mal con el bien. Y en Pedro encontramos también una doctrina de no resistencia. En 1 Pedro 2, dice: Si sufrís haciendo el bien y lo soportáis, esto es digno de alabanza delante de Dios.

Los pacifistas cristianos utilizan este tipo de pasajes para defender su postura. Sin embargo, hay que tener en cuenta que estos pasajes se aplican a la violencia personal, pero no necesariamente a la fuerza militar nacional. Por lo tanto, aunque tengamos el deber moral de no comportarnos violentamente, ni siquiera para defendernos, de ello no se sigue que la fuerza militar nacional sea inmoral.

Hablemos entonces de la teoría de la guerra justa. La guerra justa tiene varios aspectos: el *jus ad bellum* se refiere a las condiciones necesarias para justificar la guerra, y el *jus in bello* se refiere a los principios que limitan la conducta en la guerra.

Las condiciones para que exista el *jus ad bellum* y el *jus in bello* han sido elaboradas por varios pensadores de la tradición de la guerra justa, como Tomás de Aquino, Francisco de Vitoria, Hugo Grocio y otros. Por eso, en breve analizaremos algunas

ideas bajo los títulos de *jus ad bellum* y *jus in bello*. Pero primero, aquí se presentan algunos argumentos generales que se utilizan para sustentar la idea de que puede haber una guerra justa.

Uno de ellos es el argumento a favor de la justicia, según el cual cuando una nación es atacada por otra, se trata de algo injusto y justifica una respuesta del mismo tipo. También está el argumento a favor de la paz, según el cual el objetivo de la guerra es lograr un determinado tipo de paz.

No se trata de violencia por la violencia misma, ni de matar por la violencia misma, sino de crear una situación de paz mejor. Ese es un gran énfasis que San Agustín y otros también hicieron con respecto a la guerra. Y luego están los argumentos bíblicos, el respaldo de Dios al uso de la fuerza militar por parte de Israel, los mandatos divinos directos, en muchos casos, en el Antiguo Testamento, de que Israel destruya a ciertos grupos de personas.

Luego, en Romanos 13, Pablo hace una referencia aprobatoria al uso de la fuerza por parte del gobierno. Así pues, pasemos a analizar las diversas condiciones para el *jus ad bellum*, o la justicia al ir a la guerra, que han señalado los teóricos de la guerra justa. Hay varias de ellas.

Una de ellas es que la guerra debe ser declarada por una autoridad competente, lo que excluye a los grupos paramilitares o de autodefensa, porque no son autoridades competentes para declarar la guerra. Solamente los órganos superiores del gobierno tienen esa autoridad. Ahora bien, este criterio conlleva ciertos problemas, como veremos.

En la mayoría de los casos, hay algunos aspectos significativos de cada criterio que pueden debatirse. En este caso, el requisito de una declaración por parte de una autoridad competente parece descartar todas las guerras revolucionarias, porque los revolucionarios están desafiando a la autoridad del gobierno reinante. ¿Cómo podrían ser una autoridad competente para obtener o declarar la guerra? Además, ¿por qué insistir en una declaración formal? Ciertamente, en la historia de las guerras estadounidenses, ha habido muchas guerras en las que Estados Unidos ha estado involucrado y el Congreso no ha declarado la guerra.

Pero, a pesar de todo, hemos participado en estas guerras por orden de nuestro comandante en jefe, nuestro presidente, sin la aprobación del Congreso y sin ninguna declaración formal de guerra. En segundo lugar, debe haber una causa justa para la guerra. Tradicionalmente, se ha considerado que las causas justas incluyen, especialmente, la legítima defensa y el castigo por las lesiones civiles, así como la protección de los inocentes, como en el caso de la nación de Kuwait, en Oriente Medio, que fue anexada por Irak en 1991 bajo la primera administración Bush.

Estados Unidos entró y derrotó al ejército iraquí para liberar Kuwait, y eso fue considerado por casi todo el mundo como un acto de guerra justo. Sin embargo, este criterio plantea algunos problemas. ¿Qué se considera una causa justa para la guerra? ¿Es sólo la defensa contra un ataque militar? ¿O qué ocurre con otras formas de ataque? ¿Y cuán grave debe ser el ataque? ¿Y el espionaje? ¿Y los ataques digitales? ¿Y las interferencias significativas en nuestras redes informáticas que podrían amenazarnos de esa manera? ¿O los ataques económicos, que pueden amenazar a una población incluso más que unas cuantas bombas?

Por lo tanto, determinar eso es muy difícil, y es cada vez más difícil con las tecnologías electrónicas actuales, que en muchos casos son mucho más amenazantes que las balas y las bombas. Entonces, ¿qué es exactamente lo que se considera una causa justa para una guerra? Ese es uno de los subtemas más debatidos en todo este número. En tercer lugar, debe haber una intención justa, como asegurar un resultado de paz y equidad para que una nación esté justificada para ir a la guerra.

Este criterio no se debate tanto como los otros. En cuarto lugar, la guerra debe ser el último recurso. Los teóricos de la guerra justa suelen subrayarlo: es necesario agotar todos los medios pacíficos de resolver un conflicto antes de que esté justificado recurrir a la fuerza militar nacional.

El problema aquí es cómo saber cuándo se han agotado todos los medios pacíficos razonables para resolver el conflicto. ¿Cómo se sabe cuándo se ha alcanzado ese umbral? Sé que en 2003, antes de que Estados Unidos volviera a intervenir en Irak en la segunda guerra del Golfo, los dirigentes iraquíes, Saddam Hussein, se habían negado a cumplir, creo, 17 resoluciones diferentes de seguridad nacional o del Consejo de Seguridad. Y se habían impuesto todo tipo de sanciones económicas a Irak. Por eso, la abrumadora mayoría de los dirigentes estadounidenses en el Congreso, en ambas cámaras, consideró que este era el siguiente paso correcto.

Hubo sólo unos pocos que se destacaron por su negativa a aprobar la intervención de Estados Unidos en Irak en ese momento. Juzgaron que, bueno, este es un paso apropiado ahora. Y todos los teóricos de la guerra justa, que estoy seguro de que hay muchos en el Congreso, concluyeron que es un paso razonable porque se han agotado todos los demás medios para resolver este conflicto.

Pero, aun así, hubo quienes dijeron que no, que podríamos haber tomado otras medidas. No era necesario recurrir a la guerra. En ese momento, no era realmente el siguiente paso apropiado.

En quinto lugar, debe haber una probabilidad razonable de éxito. No conviene ir a la guerra si las posibilidades de ganar son escasas o no muy buenas.

Eso sólo causará más daño que beneficio. Pero el problema es que a menudo es muy difícil de evaluar. En algunos casos, no está del todo claro cuáles son las posibilidades porque no se sabe cuáles son las capacidades militares de la nación contra la que se está luchando.

Recuerdo que antes de entrar en el país en 1991 se habló largo y tendido de que Irak tenía el quinto ejército más poderoso del mundo. Estamos ante una tarea extremadamente prolongada. Bueno, no lo fue.

Y el ejército estadounidense derrotó al ejército iraquí en apenas un par de días. Y luego, en 2003, debido a esa experiencia, se pensó que sería fácil. Ya lo habíamos hecho antes.

Lo volveríamos a hacer. Recorreríamos Irak y estableceríamos una república sin ningún problema. Pero allí ocurrió lo contrario.

Aunque las primeras etapas de la guerra fueron relativamente fáciles, el esfuerzo a largo plazo fue extremadamente difícil y problemático. Por lo tanto, hay tantos factores involucrados en la guerra que no se puede anticipar que hacer un pronóstico y un análisis de costo-beneficio es extremadamente difícil. Así que eso es *Jus ad bellum*, la justicia al ir a la guerra.

Ahora, dirijamos nuestra atención a las condiciones del *jus in bello*. ¿Qué tipo de criterios existen, moralmente hablando, a los que deberíamos atenernos en la práctica de la guerra? Uno de ellos es el principio de proporcionalidad, que dice que el tipo y el alcance de la fuerza utilizada deben ser proporcionales a la naturaleza de la amenaza. Muchos argumentarían que, por esta razón, las armas nucleares son siempre inadecuadas porque siempre son excesivas.

Sea cual sea la amenaza, nunca se la enfrenta adecuadamente con un arma de destrucción masiva, como por ejemplo una nuclear. Pero esto es difícil de determinar, no sólo en lo que respecta a las armas nucleares. Tal vez ese sea el caso fácil.

Pero lo que cuenta es una respuesta proporcional con armas convencionales, lo cual es difícil. Luego está el principio de discriminación, que dice que sólo se puede atacar intencionalmente a la maquinaria militar y a los combatientes.

Está mal atacar a civiles. Esto se destaca a menudo en los informes de noticias cuando hay una guerra en curso, cuando una nación u otra bombardea una ciudad y una escuela con niños es atacada, aunque no se indique necesariamente de manera explícita en la noticia. La idea de matar intencionalmente, o incluso por negligencia, a tantos civiles se reconoce generalmente como un acto de guerra inmoral.

Por lo tanto, sólo la maquinaria militar y los combatientes pueden ser objetivos intencionados, aunque se entienda que puede haber daños colaterales, como se dice tan clínicamente. Pero este principio es difícil de aplicar, simplemente porque no está claro qué cuenta, en cualquier caso, como combatiente. ¿Se trata sólo de los soldados que trabajan activamente en el esfuerzo bélico? ¿O también incluye a las personas que, por ejemplo, trabajan en fábricas que fabrican bombas? La mayoría diría, bueno, sí, la maquinaria de guerra, por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial, que los nazis o los japoneses estaban fabricando sus aviones de combate y su artillería, que esos también eran objetivos apropiados.

Bueno, ¿qué pasa con aquellos que están un paso más allá de eso, que están involucrados en el aspecto comercial, haciendo tratos con, digamos, el gobierno en la producción de acero y otras materias primas que están enviando a estas fábricas? Aquellos que están un paso más allá en su participación con esos negocios, ¿hasta dónde llegan esos tentáculos para que las personas involucradas sean objetivos apropiados? Hay personas que trabajan en empresas que tal vez ni siquiera reconozcan que su empresa tiene un contrato gubernamental con la producción de maquinaria militar. Y el hecho de que los daños colaterales, en la muerte de civiles, a veces son inevitables. Por muy quirúrgico que sea el ataque, en muchos casos es probable que mueran algunas personas inocentes o civiles.

Un tercer contexto para considerar la conducta justa en relación con la guerra es el *juice postbellum*, y se refiere a las condiciones para una conducta justa después de la guerra. No se habla tanto de esto como del *juice ad bellum* y del *juice in bello*, pero es una dimensión importante aquí. Una vez que termina una guerra y la nación derrotada ha firmado algunas condiciones de rendición, ¿qué responsabilidades, si las hay, tiene el vencedor en su conducta hacia o con respecto a la nación derrotada? Un académico llamado Brian Orand recomienda una serie de condiciones para acuerdos de paz justos después de la guerra.

Según él, las condiciones del acuerdo de paz deben ser públicas, medidas y razonables, y regidas por principios de discriminación y proporcionalidad. Uno de ellos es el principio de respeto, que establece que deben respetarse los derechos y las tradiciones de los vencidos. No es adecuado intentar alterar por completo una cultura sólo porque la has derrotado en la guerra e insistir en que, por ejemplo, tengan que enseñar y aprender tu idioma o adoptar tus tradiciones culturales.

Los derechos y las tradiciones de los vencidos deben respetarse. Sólo discriminación. Esto se relaciona con la idea de que los líderes, los soldados y los civiles deben ser diferenciados.

Los dirigentes y soldados de la nación que libra una guerra injusta pueden ser objeto de juicios penales y de juicios de guerra, mientras que los civiles son inmunes a esos cargos y, a menos que alguien dentro de esa sociedad haya contribuido activamente

a la injusticia de la guerra, se los debe dejar en paz. Una compensación justa. Esto se relaciona con la idea de que las reivindicaciones de victoria deben ser proporcionales al carácter de la guerra.

En el caso de la Segunda Guerra Mundial, una de las consecuencias fue que Alemania tuvo que hacer todo tipo de compensaciones porque el carácter de la guerra fue tan devastador para tanta gente en toda Europa que tuvieron que pagar, pagar durante mucho tiempo y además no tener su propio ejército. Ustedes han demostrado a Alemania su falta de responsabilidad, por decir lo menos, en cuanto a tener su propia fuerza militar, así que no habrá ejército para ustedes durante mucho tiempo y nosotros los protegeremos. El ejército estadounidense ha sido el guardián de Europa durante mucho tiempo, algo con lo que nuestro actual presidente se ha mostrado en desacuerdo.

Si nos fijamos en nuestro presupuesto militar, vemos que el ejército estadounidense tiene que dedicar una gran cantidad de dinero a la protección de algunos estados europeos, pero esto es consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, en particular en lo que respecta a Alemania y a su mal uso de sus fuerzas armadas. Una pregunta interesante al respecto es: ¿cuánto tiempo, cuántos años, cuántas décadas, cuántas generaciones debería continuar así? Este es sólo un ejemplo de las preguntas relacionadas con lo que significa respetar este criterio de compensación justa después de la guerra. Y, por último, la debida seguridad.

A los vencidos se les debe dar cierta seguridad contra futuros ataques, en particular si no se les permite desarrollar su propio ejército, como fue el caso de Alemania o Japón, cuando después de una guerra se estipula que la nación derrotada no puede tener su propio ejército, lo que la hace muy vulnerable a los ataques de otra nación. Por lo tanto, el vencedor debe garantizar que el vencido esté debidamente protegido en ese caso, que es algo que ha hecho Estados Unidos.

Éstas son las condiciones naranjas para el *jus post bellum*, y con esto concluye nuestro análisis de la ética de la guerra.

Habla el Dr. James Spiegel en su enseñanza sobre la ética cristiana. Esta es la sesión 16 sobre la guerra.